

Relato del muerto en la plaza y la estatua de piedra, oro y cobre



Capítulo 1

El horror miraba pacíficamente el revolotear de las aves. Se hallaba, el horror, triunfante, tendido en el suelo de la plaza. Pues era aquel hombre de unos 50 años, no más que un vestido para algo que ciertamente era la encarnación, era la perfecta y sublime esencia del horror más puro.

-Una hora o más de muerto. Decía el oficial encargado.

-El detective Fred garabateo en su cuadernillo "Jhon Watson. 50 años. 1 hora muerto hasta su análisis"

El suelo estaba limpio, reluciente. El cantar de las aves era el de todos los días. Las flores rodeaban al muerto, la atmosfera entera, excepto el par de metros cuadrados donde el alma se desparramaba en el suelo, era ajena a las mil desgracias, la profundidad del desgarró al alma, la sinceridad con la que el infeliz expresaba el dolor que seguramente había sufrido antes de morir. Se hallaba solo, apartado de todo.

En frente de una gran estatua.

Su expresión, sin embargo, si se viera individualmente, no lo asemejaba. El ver el cuerpo entero tirado generaba una inexplicable nausea, una sacudida al alma imposible de explicar. Pero si no se lo veía como un todo, frente a esa gran estatua de piedra, era solo la inmensa y atroz

complejidad de un simple muerto.

La estatua era la de un ser extraño. No era humano, si lo fuera, sería uno contorsionado, deformado. Mayormente de piedra, salvo unos adornos dorados y otros de cobre. La estatua misma parecía una leve porción del horror que el hombre reflejaba. Había algo del hombre en el ser de piedra.

Los paramédicos ponían al cadáver en la camilla para ser llevado a la morgue. El oficial encargado, Fred, vio por última vez el anfiteatro de la terrible obra. Había ahora un extraño vacío en la escena. A excepción de un cuervo, infinitamente oscuro, que chillaba a los cielos.

Pero días después, siendo quizá una mera mezcla de factores, que construyeron una compleja coincidencia, llega al poder de Fred, quien buscaba en el cajón del abuelo de la víctima algún antecedente médico, algún dato sobre alguna cosa, un papel.

Una hoja desquebrajada, de un color marrón mate. La parca no se detuvo a buscar en el cajón, por lo que el papel tenía suficientes fuerzas, a pesar de las huellas digitales de decenas de generaciones que poseía, para ser leído.

Decía:

“La piedra, que es maciza y brillante, fue la piedra por donde pasaron mil botas de hierro, dentro de ellas había hombres, con una gran cruz dibujada en la armadura. Cuenta la historia que la inquisición, cuando encontró al grupo ateo denominado “los herejes del bosque”, acorralaron a los desgraciados donde comenzaba un acantilado. Las grandes rocas que dormían en el suelo se vistieron de rojo, cuando fueron las armas mortales con las que la inquisición asesino para siempre a los herejes del bosque.

El oro, que fue depositado en las arcas del mismo Fhurer, era un regalo nazi a los bancos Suizos. Dicen que se consiguió siendo saqueado el poblado Judío más antiguo de todos. La mayoría en ese poblado fueron asesinados. Años después, el mismo oro fue dado en compensación a grupos judíos como un pedido de perdón. Cuentan que fue en parte financiado por ellos mismos (claro que nunca puede hablarse de todos, ni siquiera de la mayoría), para financiar el armamento utilizado para la guerra contra los palestinos, en la franja de Gaza.

Y el cobre, aquel que dormía en Latinoamérica, sobre colchones verdes y santos. Fue saqueado por el imperio Español en la formación de las primeras colonias. La mayoría viajo a Europa, y una parte, como la piedra y el oro, terminaron aquí. Cuentan que es el mismo cobre con el que España pago sus deudas a Inglaterra, con las que Inglaterra indemnizo a

Estados Unidos. Y este cobre, ya sin valor como moneda en la modernidad, fue usado como material para fabricar las balas de la nueva generación de AKs 47. Utilizadas, principalmente, para asesinar Vietnamitas.

Dice la leyenda, que en este espectral ser de piedra, se levantan generaciones de la más pura maldad. Y es maldad diabólica, en efecto, maldad ejercida con rocas, espadas, y rifles que tuvieron todos ellos algo en común. Fueron manipuladas por humanos. Dice la leyenda, que la estatua guarda la mas infinita, incomprensible, pero no desconocida, esencia de mil muertos, de mil horrores, mil gritos de niños, llorar de madres, y mil asesinos. Dice la leyenda, que aquel que permanezca mucho tiempo enfrente de ella, sucumbirá, se sentirá tan sucio de ser de la especie que protagonizo todos estos horrores, que sucumbirá ante su presencia. Personalmente, nunca me atreví a mirarla”

Fred guardo el papel en el cajón y se quedo en silencio. Por un instante, nada, ni el balcón, ni la linterna con la que había subido, nada existió en su realidad, salvo aquel ser que parecía esconderse, justo donde el gran roble de la plaza hacia sombra. Y un cuervo que poso en la ventana, chillando a los cielos. Nunca había mirado esa estatua a los ojos. Y nunca lo hizo.